

# LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO : CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



## DOS NOVELAS

EL AÑO 2000. — OPTIMISMO, O PESIMISMO O ¿QUÉ?

**L**A relación entre el conocimiento y la virtud es de concomitancia que ayuda, que favorece, no de causalidad que mueve y produce. Esto dijimos en el artículo anterior, y repetimos ahora.

Cuando una palabra mágica y altamente simpática, de un modo consciente o inconsciente, se escapa de los labios de muchísimos, palabra que se emplea a cada paso y que es muy del gusto de la época en que vivimos, pudiendo siempre estar seguro el que la emplea de causar favorable efecto ¿adivináis la palabra? vamos a pronunciarla al instante; cuando con la palabra *cultura* se pretende decirlo todo en lo relativo a la formidable empresa —que verdaderamente lo es— de formar al hombre, individual y colectivo, cosa muy distinta por cierto de darle existencia; creemos, más que conveniente, del todo indispensable, hacer hincapié en la proposición con que encabezamos las presentes líneas, desentrañando y desarrollando su contenido.

Gran cosa es ciertamente la ilustración de la inteligencia. Sin duda nadie dirá lo contrario. No sólo gran cosa es darle aire, vida y ensanche; es también deber intentarlo y hacerlo. Para esto nos dió Dios la inteligencia, para que la cultiváramos y desarrolláramos su actividad en la medida de nuestras fuerzas, y así escudriñando cielos y tierra y llevando la antorcha de su luz a cuanto hay, se agita y mueve en toda la redondez de las cosas creadas, nos eleváramos y engrandeciéramos, trasladando en cierta manera a nosotros mismos las grandezas con profusa mano por Dios derramadas; y obedeciendo en todo esto a la finalidad consiguiente, al paso que fuéramos los conscientes adoradores de Dios, autor de todo lo creado, utilizáramos las cosas en provecho propio convirtiéndolas en verdaderas

riquezas mediante las cuales pudieron aliviarse las penalidades y miseria de nuestra temporal existencia. Para cristianos escribimos, y todo esto brilla con tanta claridad y refulgencia a los ojos del cristiano, que huelga cualquier encarecimiento y ni hace falta comentario alguno.

Pero hay que tener bien entendido que la inteligencia no sólo es luz, es ley al propio tiempo, y que tanto por un concepto como por otro es la *semejanza* que de Dios llevamos todos al venir a este mundo, timbre de nuestra nobleza, blasón de nuestra ilustre prosapia, prerrogativa de nuestra raza, ejecutoria de nuestra dignidad y honor, testimonio fehaciente de nuestra propia grandeza en medio de nuestra pequeñez, y medio poderosísimo, tanto más inapreciable cuanto es de suyo incorruptible, que nos enaltece y coloca por encima de todas las cosas visibles. «*Ad mentem præcipue* —dice el gran adocrinador de las inteligencias, Santo Tomás de Aquino— nos hizo Dios a su imagen y semejanza.» Vista la inteligencia por el lado de la luz, es el resplandor de la luz increada, foco inextinguible de todas las claridades del espíritu; mientras que contemplada por el lado de la ley, traduce en sí misma y es una aplicación de la *Ley eterna*, a la cual se ha de subordinar el hombre en todo y por todo, es decir, en todas sus operaciones, ora se esparza por los mundos de la especulación, ora descienda al mundo de la práctica; y ha de hacerlo de esta manera, pues de otra suerte hallaríase fuera del orden la más excelsa de las criaturas entre todas las visibles, y por otra parte no realizaría este mismo orden en la proporción que le ha sido confiado y que de ella depende. La palabra *orden* ¡qué palabra tan misteriosa y profunda y tan llena de sentido! ¡y tan hermosa al propio tiempo!

Todavía hay que notar otra cosa acerca la inteligencia, y es preciso notarlo con tanta mayor razón cuanto no siempre se tiene sobre ello ideas claras y precisas, antes al contrario, se sufren en esta parte lamentables equivocaciones, unas veces por exceso de rigorismo, otras por defecto. La inteligencia en sus intrínsecas operaciones, que son las de entender, nunca delinque, no nos hace buenos ni malos, ni tampoco se mancilla, ni mancilla al individuo que la posee y ejercita. «Entender el bien buena cosa es, entender el mal igualmente cosa buena es» dice nuestro insigne Balmes. Y continúa el gran filósofo vicense «el moralista considera, examina, las mayores iniquidades, estudia los pormenores de la corrupción más degradante; el político conoce las pasiones, las miserias, los crímenes de la sociedad; el jurisconsulto conoce la injusticia bajo todos sus aspectos; el naturalista, el médico, fijan su contemplación en los objetos más deformes y asquerosos; y no obstante la inteligencia no se mancilla. Dios mismo conoce todo lo malo que hay y puede haber en el orden físico, como en el moral, y su inteligencia permanece immaculada». Verdad es que Balmes, al expresarse de esta manera, no hace más que seguir y aplicar las enseñanzas del Doctor Angélico, quien no en uno, sino en varios pasajes, declara, en conformidad con la enseñan-

za católica de todos los siglos, que de las operaciones de la inteligencia no brota la moralidad ni la inmoralidad hasta que con ellas se combinan las operaciones de la voluntad, y esto mediante su intención hacia un fin determinado.

Y henos aquí en presencia de un factor, no diremos el principal por respeto a la inteligencia, sino el decisivo, el próximo, el inmediato en todo cuanto se relaciona con la moralidad o inmoralidad de las acciones humanas. Sin voluntad no hay moralidad ni inmoralidad posibles, ni siquiera es dable concebirlas; no existe virtud ni vicio, ni honradez ni cualidad alguna de las que afean moralmente al hombre. El sujeto de todo esto es la voluntad; y de la voluntad, como de su manantial propio, se comunica al alma, y de la misma manera se comunica al hombre todo entero en su conducta. Cada cual obra por fuera — obrando con sinceridad se entiende — según lo que es por dentro, lo cual se verifica por la voluntad principalmente. Sin la inteligencia tampoco nada habría de todo lo dicho, porque habiéndosenos dado la inteligencia para alumbrar a la voluntad en sus operaciones ¿cómo dirigirse dicha potencia a su objeto sin el conocimiento previo suministrado por la inteligencia? Es principio de todos conocido y por todos reconocido «no se quiere lo que no se conoce.» Y es tan cierta esta correlación entre la voluntad y la inteligencia en sus actos, que sin la prudencia, *recta ratio agibibium*, cuyo sujeto es la inteligencia, no es posible practique la voluntad virtud alguna propiamente dicha. Podrá el infeliz que no acierta en sus actos por falta de inteligencia, sincerarse ante Dios y su propia conciencia; mas ante los hombres no lo logrará fácilmente, necesitando éstos gran dosis de indulgencia en la apreciación del individuo y de su obra, máxime si del desacierto, hijo de la imprudencia, se han obtenido resultados funestos.

Y no hay duda que cuanto más *culta* sea una inteligencia — empleemos la palabra para muchos favorita y que a nosotros mismos nos es simpática — es evidente conocerá tanto mejor el afortunado poseedor de aquélla la conveniencia o inconveniencia de proceder en un momento dado de esta o aquella manera, y en consecuencia, mucho adelantado tendrá el individuo para obrar en conformidad con lo que la realidad exija. Todo esto es verdad, todo esto es innegable. Mas ¿estáis seguros de que obraréis siempre según os dicten las luces de vuestra inteligencia? No es esto lo que nos pone de manifiesto la propia conciencia. Vuestra resolución definitiva, vuestro golpe decisivo en punto a la determinación que en tal caso tomaréis indefectiblemente, no será según la iluminación de vuestra inteligencia, por soberana, por aventajada que sea, sino según la orientación general de vuestro espíritu; o dicho sea en otros términos, según las disposiciones sólidas, firmes, no veleidosas, de vuestra voluntad anteriormente adquiridas.

Como por la mano nos vemos conducidos a ocuparnos ahora en lo que constituye el nervio, toda la substancia y la fuerza vital de la cuestión relativa al modo cómo se verifica en el hombre el perfec-

cionamiento moral, el cual tiene lugar mediante el ejercicio de la virtud, así como ésta, no definida como hábito, sino como acto, es el buen uso de la libertad. Tal es la definición que de ella da San Agustín. Se ha dicho que la libertad es un misterio. Hubiérase dicho mejor confesando que es un hecho hondo, íntimo, un tanto indefinible, de nuestra conciencia, el cual hecho se entronca más de lo que parece a primera vista con el *tesoro escondido* del Evangelio; y este es el hecho que vamos a afirmar y aclarar frente a frente a los determinismos múltiples y varios de toda clase de Escuelas.

Mas al llegar a este punto, un temor nos asalta, el de alargar desmesuradamente el presente artículo, y atendiendo por otra parte a la importancia capitalísima del asunto, el cual, a lo menos en cuanto lo concebimos y pensamos exponerlo, no es de aquellos que pueden condensarse en breves palabras, cerramos las actuales líneas para continuarlas, Dios mediante, otro día. Hágannos gracia nuestros lectores de esta dilación en interés de la propia causa que defendemos.

JUAN COLOMER, Sch. P.

## DE MIS APUNTES PARA LA HISTORIA DEL LIBRO

### IX

#### LOS AMANUENSES Y LOS LIBREROS ENTRE LOS ROMANOS

Tales adelantos e innovaciones dieron por resultado que se extendiera de un modo prodigioso el arte de escribir, que se pusiera especial cuidado y esmero en la confección de los códices y que se multiplicaran éstos, naciendo de ahí dos nuevas industrias: la de los copistas o amanuenses y la de los libreros.

Si modesta es la condición de los copistas actuales, mucho mayor lo era la de los antiguos, pues en Grecia y en Roma estaban dedicados a este oficio los esclavos, y, aun cuando se pagaban bien, no por esto dejaban el estado de abyección que representa la esclavitud. Además de los esclavos instruidos y adiestrados para este trabajo, se dedicaban a él otras personas, que podríamos llamar amanuenses de profesión, sobre todo libertos y extranjeros, y entre éstos principalmente los griegos. A los esclavos quedó, pues, encomendada principalmente la tarea de copiar, sin que adquiriesen la libertad por mucha que fuese su destreza, antes al contrario, los patricios tenían buen cuidado en conservarlos para copiar las obras de los autores predilectos, guardarlas después en sus bibliotecas y lucirlas en las tertulias, o también para sacar buen precio de la venta de los esclavos calígrafos, y así Séneca conserva el nombre del bibliomano Calvisius, instruido desde su infancia en el arte caligráfico, y que fué comprado en 100,000 sextercios, equivalentes a 25,000 pesetas. El copista que tenía cierta ilustración era llamado *librarius*, *amanuensis* o expedicionario, o simplemente *servus ab epistolis*, esclavo secretario.

«Cuando la baja latinidad —dice Lecoy de la Marche— el copista era llamado con preferencia *antiquarius*; la calificación de *scriptor* se reservaba ordinariamente a los autores. Cuando se trataba de un comerciante en libros, propiamente hablando, se le llamaba *bibliopola*. Asimismo, el nombre de *librarius* le fué dado luego igualmente por extensión, porque con frecuencia hacía libros, es decir, era empresario de copias, y así ciertos editores de nuestros tiempos no son mucho más que esto. En mi opinión, en las curiosidades que nos han dado a conocer los descubrimientos de Pompeya, se encuentra un almacén de librería y en sus dependencias un taller de copistas. Sin embargo, el *librarius* de profesión, bien en el taller de su maestro, bien en su botica de liberto, no se rebajaba en copiar; él tenía la misión de decorar los manuscritos, de colorearlos o de encuadernarlos, y alguna vez hacían las veces de bibliotecario, como lo fueron de Cicerón Denys y Menofilo, dos esclavos que le fueron enviados por el editor Atticus.»

La copia podía hacerse de dos maneras, o bien entregando el autor el original escrito en letra cursiva a los copistas, los cuales lo trasladaban o ponían en limpio con letra capital o inicial, añadiendo curiosas y variadas miniaturas, decoraciones, dorados, etc., o bien, para obtener a la vez muchos ejemplares, entregándolo a un *librarius*, el cual reunía los copistas necesarios, tantos cuantos eran los ejemplares que se querían, y el jefe de ellos dictaba el original, que copiaban a la vez todos los amanuenses. Con este último sistema pudieron los Romanos, según dice Le Clerc, publicar una especie de periódico, *Acta diurna populi romani*, o sea una hoja que desde Roma se mandaba a todas las provincias para que conocieran todas las noticias de las guerras, las deliberaciones del Senado, etc., y Plinio cita el hecho de Régulo, que mandó mil copias, a modo de circular, por todas las provincias del Imperio para que buscarán los decuriones el mejor declamador que hubiese entre ellos.

Había amanuenses verdaderamente diestros en el manejo del cálam, que su lígerezza llegó, junto al uso de las abreviaturas, a que fueran verdaderos taquígrafos, hasta el punto que hubo copista que llegó a igualar con la pluma el curso de la voz y a escribir cuanto el orador decía. Si de Jenofonte se cuenta que recogió las lecciones de su maestro Sócrates, en Roma hubo muchos hábiles escribientes dedicados especialmente a recoger las oraciones y discursos, y en los tribunales y en el Senado tuvieron los secretarios algunos subalternos estenógrafos, a los que se llamaron *notarii*, por hallarse instruídos en ciertas *notas* «*quae brevibus et exiguis figuris multarum litterarum vim in se haberent*», como dice Plutarco. El nos dice que Cicerón, habiendo instruído en estas notas a algunos amanuenses, logró que escribiesen la Oración o Discurso de Catón contra Léntulo y demás conspiradores al paso que se iba pronunciando, y lo mismo ocurrió al príncipe de la oratoria romana con su discurso *Pro Milone*. Marcial nos describe esta habilidad de los copistas y lo mismo hace en tiempos más modernos San Isidoro.

Sin embargo, no todos los copistas fueron lo suficiente expertos e instruídos en su arte, y casi todos tropezaban con una dificultad al realizar su trabajo: el no conocer la lengua griega. Esto daba por resultado que, como los escritos se hallaban empedrados de textos griegos, al encontrarse el escribiente con uno de ellos o lo escribía lleno de imperfecciones y erratas, como ocurrió con algunas obras de Aulo Gelio, o dejaban de copiar el texto helénico, poniendo en su lugar dos letras, *gr.*, es decir, *græcum*, fórmula que el uso ha desenvuelto en *græcum est, non legitur*.

Así, pues, el trabajo de los amanuenses fué más o menos perfecto según la ilustración de ellos, y claro está que cuando el comercio de libros alcanzó en Roma grandes vuelos, sobre todo después de Augusto, se aumentó el número de copistas, hasta el punto de anunciarse éstos por medio de una especie de carteles o tabletas fijados en los pórticos del Foro y en las columnas de la Sigilaria.

Ya hemos dicho que el *librarius* era una especie de empresario de copias, algo así como el jefe o maestro de un taller de copistas, al cual acudían los autores para la copia de sus libros y los patricios para adquirir las obras de su agrado. Bien pronto algunos de los primitivos *librarii* no se contentaron con negociar con la empresa de las copias, sino que empezaron a venderlas, y entonces aparecieron las librerías instaladas al aire libre cerca de las escuelas, a las cuales acudían los niños por la mañana, seguidos de un pequeño esclavo portador de los libros de estudio, como nos cuenta Juvenal, y en aquellas librerías ambulantes se paraban los curiosos, hojeando los libros antes de comprarlos. El Vertumno y el Jano eran barrios o cuarteles dedicados a las librerías de libros nuevos y de lance, y las tiendas de éstos no eran sólo visitadas por los compradores, sino que se formaban también en ellas verdaderas tertulias de amantes de la literatura, en las cuales se cambiaban impresiones y se discutía sobre el mérito de los libros, la pulcritud de tal edición, la procedencia de tal ejemplar, etc., o gabinetes de lectura de libros raros, que no estaban a la venta, y cuyo estudio hacían pagar los libreros a muy buen precio.

## X

### CÓMO SE PUBLICABAN LOS LIBROS EN ROMA. — CORRECCIÓN DE LOS EJEMPLARES.—LAS ENCUADERNACIONES

Bien merece que transcribamos aquí algunos versos de una hermosa Epístola de Horacio dedicada al libro, verdadero adiós de un poeta a su obra: «Parece, ¡oh mi libro!, que miras hacia el lado de Vertumno y de Jano, sin duda esperando impaciente salir a luz, pulido por la piedra pómez sobre los anaqueles de los Sosios. Tú no puedes sufrir ni las llaves ni los sellos, esos caros guardianes del pudor; gimes porque eres conocido de pocos curiosos; aspiras a la

publicidad, tú a quien yo he alimentado en otros sentimientos. Huye o corres peligro de abatirte. Una vez escapado ya no hay más vuelta para ti. «¿Qué he hecho, desdichado, qué es lo que he pedido?», dirás tú si recibes algún menosprecio; y tú sabes como te guarda el amante de la literatura saciado que no has sabido entretener. Si yo puedo, sin prevención para un culpable, anunciarte tu destino, te digo que serás bien acogido por los Romanos mientras conserves las gracias de la edad. Cuando cansado ya de ir por las manos de la multitud, tú bajarás de precio o alimentarás en silencio las polillas encerradas en tus hojas, o huirás al Atica, o al Africa, o a Lérica, a donde te enviarán bien atado con bramante a otro peligro: un tiempo puede llegar en el cual, menospreciado por Roma y desterrado en sus arrabales, tu vejez tartamuda quede reducida a enseñar a los niños los elementos de la Gramática.»

Y menos mal que tuviera este fin el libro, pues había otros cuyos papeles servían para envolver mercancías o para estar retirados en lo recóndito de las tiendas de libros, como nos dice el mismo poeta Venusino, o «serás llevado a la calle o a donde se vende el incienso y los olores y el pimienta y todo aquello que se envuelve con papel inútil».

Eran los Socios, de que nos habla Horacio en la epístola citada, y también en la dedicada a los Pisones, unos de los más famosos librerías de su tiempo, que no sólo se dedicaban, según parece, a la venta de los libros, sino también a editarlos y publicarlos. ¿Cómo se hacía esto? Escrita una obra por un autor se daba a los copistas para que formaran con ella un códice, con el número de ejemplares que se creyera conveniente, para lo cual, por regla general, se acudía a un *librarius*, quien se encargaba de la publicación de la obra, servicio que no harían, como es natural, gratuitamente, antes al contrario, la profesión del librero debió ser bastante lucrativa. Ahora bien, como que no había propiedad intelectual, el autor no tenía derecho alguno sobre su obra, estaba expuesto a no cobrar nada de su trabajo, si bien hay que creer que el afán del lucro movía a los editores a dar buena participación de las ventas a los autores célebres o a pagar a buen precio sus obras. De todos modos, no debió ser mucho lo que se pagaba al autor (cuando tenía la suerte de cobrar) y a los amanuenses dado el precio a que se vendían los libros, y así los 119 epigramas de Marcial costaban 5 dineros (2'50 ptas.) y tomitos de Horacio, Ovidio, Catulo, etc., se adquirían por 4, 6, 10 y 20 sextercios.

Claro está que los libros tenían mayor o menor valor según la pulcritud con que se publicaban, es decir, según el trabajo de los amanuenses, completado luego por los correctores. Se comprende la necesidad de revisar las copias teniendo en cuenta la forma como éstas se hacían. Las copias individuales, es decir, aquéllas que hacía un amanuense teniendo delante el original, podían resultar casi perfectas, no así aquellas otras, las más frecuentes, en que se reunían en el taller de copias numerosos escribientes que copiaban lo que se

les dictaba. Las equivocaciones y errores debían ser muchos, y así hallamos a Cicerón que, escribiendo a un amigo suyo, se lamentaba de la manera cómo salían los libros de manos de copistas y libreros, expresándose en parecidos términos Strabón, Aulo Gelio y otros escritores, y así Marcial atribuía al librero los errores de sus obras (Non meus est error: nocuit Librarius illis); Quintiliano se condolía de que sus lecciones se publicaran sin haberlas él corregido y excitaba al bibliopola Triphon para que saliesen sus obras correctamente copiadas; Diodoro confesaba que corrían muchas copias de sus obras completamente incorrectas, y como estas podríamos aducir otras muchas citas.

Para obviar tales inconvenientes se procedía a la corrección de los ejemplares, trabajo que realizaban los mismos escritores o personas de reconocida competencia. Claro está que lo primero era lo más seguro, pero no todos los autores se prestaban a ello, ni tampoco podían hacerlo con toda la edición. Los verdaderos correctores de los libros eran los gramáticos o editores de profesión, que corregían los errores, rectificaban los textos o anotaban al margen las imperfecciones encontradas cuando se trataba de manuscritos antiguos. El corrector signaba y databa su trabajo, signo que daba a éste gran autoridad si procedía de un gramático experto.

Lamentable era la manera como quedaban los libros una vez publicados, expuestas su primera y última páginas, en que figuraban el título de la obra y el nombre del autor, a desaparecer y, por tanto, a que fueran bautizados falsamente y atribuidos a autores que no eran sus padres. De ahí la necesidad de las encuadernaciones. Los Griegos y los Romanos ligaban sus volúmenes y los encerraban en estuches cilíndricos, verdaderas cajas llamadas *scrinia*, *capsae*, hechas de madera, algunas de ellas finísimas, en cuyo exterior colocaban el título de la obra. Pero cuando aparecieron los códices o libros planos, nació con ellos la encuadernación o sea la colocación de cubiertas, al principio de pergamino o de hojas nuevas o usadas, después de pieles y luego de tablas, desnudas en los comienzos y envueltas de pieles o de telas más tarde. El trabajo de encuadernador correspondía al librero, el cual se esmeraba en las cubiertas según la importancia del libro. Así vemos que entre los dignatarios del Imperio Romano había el *Caterculum* o encargado de recoger las instrucciones de los príncipes a los funcionarios y súbditos, las cuales se escribían en registros encuadernados con cuero rojo, verde, amarillo o azul. En estas cubiertas se realizaban a veces trabajos verdaderamente notables, con la efigie del emperador, incrustaciones de oro y plata, etc., con los cuatro ángulos con planchas del mismo metal, e igual se hacía con otros libros, en especial los sagrados, habiendo algunos, como nos dice San Jerónimo, llenos de piedras preciosas. Según el lujo de las cubiertas eran también las ataduras: cintas o cordones de seda, de oro o de plata, y broches, manecillas o cadenillas de bronce, plata y oro, siendo tal el valor de la encuadernación que se tuvo que aplicar a ella una nueva envoltura de tela

o de seda, llamada *camisia librorum*, o camisas de los libros, denominación usada en la Edad Media, hasta la que llegaron estas encuadernaciones, aumentando, si cabe, el tiempo su lujo.

COSME PARPAL Y MARQUÉS

Presidente de la Academia

### LAS FIESTAS BENÉFICAS

Discútese mucho sobre la oportunidad de nuestras fiestas de beneficencia, y se les atribuye en muchos casos un fondo inmoral, que a mi entender no puede corresponderles en modo alguno.

No entro a examinar la forma del espectáculo; ni mucho menos a justificar la presentación de obscenidades ante un público escogido, porque no creo necesite en estos momentos protestar, como cristiano, de todo acto contrario a la moral y a las buenas costumbres.

Procuraré sólo y brevemente enderezar mi pluma a demostrar la licitud de aquellos actos de honesto recreo, en donde parte de sus beneficios se destinan al alivio de necesitados.

Pecaríamos de injustos si no reconociéramos ni alabáramos en lo que valen los sentimientos caritativos de nuestras clases sociales que acuden solícitas y desinteresadas, cada una en la medida de sus fuerzas, a disimular la miseria común del prójimo; y contribuyendo *muy directamente* las clases adineradas a subvenir las en lo debido.

Quisiera concretar en estas páginas, con números, la cuantía del sacrificio o desprendimiento que palmariamente resalta hoy en favor de la caridad barcelonesa. Sé de familia acomodada que destina mensualmente 150 pesetas a estas atenciones puramente.

¿Cómo vamos a exigirle en este caso particular que informa la generalidad, que se desprenda de mayor cantidad que la justa con que ordinariamente subviene?

No serían ciertamente consideraciones religiosas las que lo abonasen, puesto que ni el deber sagrado nos impone sacrificios desproporcionados, ni hay obligación de conciencia de desprenderse de aquellos medios con que atendemos a nuestro esparcimiento y recreo.

¡Ojalá que el ejemplo que da Barcelona estimule a las otras comarcas! ¡Abundante dinero va a parar a benditas manos, que en efluvios de gracia divina lo dedican al alivio de males y desgracias!

Basta sólo contemplar el sinnúmero de asilos e instituciones benéficas y sociales que se elevan en la extensión de nuestro radio. Basta con observar las listas o suscripciones en favor de desgracias imprevistas y periódicas. Y en fin, si todo esto no fuere suficiente, bastaría con enterarnos del número elevado de *vagos*, acogidos al *lucrativo oficio* de la mendicidad.

Pues bien; con estos antecedentes reales, evidentes, ¿es ajustado tachar de frívola y egoísta a una sociedad que busca en fiestas bien organizadas de índole diversa el recreo *honesto* a que todo hombre tiene perfecto derecho?

Es injusto invocar la miseria y exigir su mayor remedio sustrayéndose para eso a la diversión ante quienes disponen amorosamente de parte de su renta para aliviarla.

En favor de los muertos y heridos en la campaña del Riff ha se cubierto sobradamente la suscripción que alentó el corazón magnánimo de nuestra augusta soberana. Y además de esto han venido a mejor nutrirla una infinidad de actos recreativos, inspirándose en un fin nada nocivo, cual es: *La contribución de la diversión* a la beneficencia.

¿Cómo no hemos de estimar plausible la tendencia a hacer que los actos recreativos *contribuyan con una parte al alivio de la desgracia?*

Así la caridad se nutre mejor y la diversión se sana siempre y cuando obra en formas lícitas.

Y no deja de tener otro aspecto plausible la fiesta benéfica, aunque no tan importante como el expuesto; y es el que hace que aquellos ricos desaprensivos e inmoderados, pocos por fortuna, que vuelven la espalda al dolor y al infortunio, paguen en un sobreprecio estimable gran parte de lo que sustraen a la caridad.

Así lo afirmaba recientemente nuestro Prelado cuando trataba esta cuestión y se refería al caso último, al afirmar que ya que en nuestros tiempos no recibe la caridad los recursos directos a que unánimemente quedamos obligados, es tolerable que vayan a su legítimo poder por medio de las fiestas y diversiones de carácter honesto.

Atendiendo, pues, a todo lo expuesto, he creído conveniente  *echar mi cuarto a espadas* en alabanza de aquellas fiestas honestas que con un fin benéfico se celebran en una sociedad como la nuestra, que atiende en medida plausible al alivio directo de la desgracia del prójimo.

JOSÉ CUENCA PÉREZ  
Secretario de la Academia

## LOURDES

Junto a una fuente de aguas cristalinas,  
en un valle que riega un riachuelo,  
que retrata el zafir claro del cielo  
y del Alba las tintas nacarinas,

cercada de poéticas colinas,  
que coronan las aves en su vuelo,  
de verde alfombra recubierto el suelo,  
matizado con flores peregrinas,

una paloma de nevada pluma,  
mucho más blanca que la hirviente espuma,  
más pura que una perla nacarada,

en la roca, en un hueco retirado,  
el nido de su amor ha colocado;  
es María, la Madre Inmaculada.

VICENTE MIELGO, Sch. P.

LA MARÍA

LEMA: Tendresa y amor

Era una necessitat; al tornar del camp de dur el dinar al seu pare, ella havia d'entrar a la capelleta de la Mare de Deu de les Gracies a veure a sa Mareta, com l'anomenava la María, a la Verge qu'estava al mitj del altar.

Semblava aquesta capelleta, posada allí més bé per disposició de la Providencia que no pas per la ma del home; resguardada per una montanyeta que li servia de dosser, s'hi ovirava desde son enfront un extens panorama, car el bosquetà caminet que hi portava tot dexant el camí ral, lo que tenia de fadigós, tenia d'encisador.

Un sol altar hi havia a la capelleta, y per ser bastant vell, d'istil barroc, l'esculpturat que hi havia més s'hi endevinava que no pas s'hi veyia, ab uns santirons que si no els faltava el nàs, en cambi els hi mancaven els dits, y uns angelets tot jugant ab fullatjes tan lletjos y malgirbats, que'ls hauria estat millor una cueta que no pas les ales; mes la María no hi veyia res de tot, axò, ella sols se fixava ab la Verge, que si bé no era cap obra d'art, tenia un escayent bonic, ab una carona que tan sols mirarla ja feya agafar confiansa, anomenantla toda la comarca, la Mare de Deu de les Gracies.

Era la María, filla única de una familia pobre, però honrada, aont les circumstancies obligaven als seus pares a dexarla anar sola a dur el dinar, no obstant y sa tendresa, car contaba sis anys; mes ells ne restaven tranquils, car deyen: mentres l'acompanyi en Fréstec, qu'era el gos de la casa, no tenim temensa de rès; y ab el gos s'internava després de haver dinat ab el seu pare, enduents'en un mos de pà que l'home no li escatimava, car notava que quant més gros se l'enduya, més contenta se n'anava. Menys mal deya ell; no dexa de ser una ganga pels pobres que als fills els agradi el pà; desgraciats quan surten llamencs.

Y ab el pà y el gos arribava al peu de la capelleta, però en Fréstec se quedava a la porta, car ja li tenia dit la María: ets tan dolent y't fiques per tot, que sempre vas brut de fanc, procura que may te vegi a dintre; en Fréstec, qu'era un gos lletj y a voltes ferotje, però per la María més mans qu'un anyell, la creya al peu de la lletra, y l'esperava sempre arrambat a la porta.

Qué n'hi deya de coses la María a sa Mareta! Avuy he fet enfadar a la mare per que me so llevat tart, però ¡si fa tant de frety després sempre es fosc! Avuy el pare m'ha renyat per que no m'acabo l'escudella, però ¡si me'n posa tanta!, jjo no tinc tanta gana! Mirèu, Mareta, avuy he trencat un cossi, tot jugant ab el marrec de can Garrofa, però ¡si es tan dolent! may acaba les ganes de corre. Es dir, se pot dir que cada día s'hi confessava, y fins se li havia arribat a quexar que'l Fréstec no la creya tan prompte com ella volfa.

La seva Mareta s'ho escoltava tot rient, y després d'haverli resat una Salve o altre oració, qu'era difícil sapiguer, si ho deya

en català, grec o llatí, y dexant un tròs de pà en un esglaó que hi havia en el confessorari, dientli: ja li donarèu a n'aquell pobret, se n'anava girant dos o tres vegades el cap vers l'altar, y al ser al peu de la porta s'abalansava tirant un petó al Jesuset y fugia corrents; no se sap si per arribar aviat a sa casa, o bé perque's creya que el Jesuset se llensava dels brassos de sa Mare per atraparla jugant a fet.

Un día topant ab el gos al sortir de la capella, li digué: perque has estat tan bon minyó, qu'has tret del rec a n'aquell pobre noy, te dexaré veure a la Mareta, y agafantlo l'estirà a dintre dientli: miratels, çoy que son macos?; la Maria a tothòm hauria assegurat que'l gos havia dit que sí, car el pobre animal, al sentir qu'unes mans tan dolces li estrenyien el cap, pensant que li feyen una carícia, aclucà els ulls.

L'alegría y benestar d'aquesta familia, contrastava ab altra d'una casa de camp, qu'encar qu'un poc lluny d'allí, se'n tenia noticia.

A can Llampega com axis tothòm l'anomenava, tot era tristesa y malestar, car un bordegàs de setze o disset anys, qu'hi havia, qui's deya Roc, tot lo que tenia d'alt y rabassut, tenia de maldat; havent fugit dues o tres voltes de casa seva, feya la vida de gandul, per no dir d'altra cosa, anant d'aquí per allà comensant a ser la por de la comarca.

Havent perdut a sa mare quan encare era noyet, axò feya que algunes males llengues, ne donguessin un poc la culpa al seu pare per haverse tornat a casar, mes axò no era vritat per que sa marastra era una bona dona qui als demés fills prou se'ls estimava; l'únic responsable de ses maleses era solsament ell.

Aburrit un día en Roc, entrà a la capelleta avans de l'hora acostumada, y no trobant el mos de pà, se sentà a terra, en un recó fosc entre'l confessorari y la paret y restà adormit. Quan despertà sentí una veu infantívola que deya: Mareta, avuy no vinc ab en Frèstec, li ha passat una roda per la pota y li fa molt mal; curàulo aviat, Mareta, que jo me l'estimo molt, y me'n vaig desseguida perque'l pare m'ha acompanyat un tros, y la mare me vindrà a rebre als quatre camins, y m'han dit qu'anés seguidet y que Vos me feyeu companyia portantvos al escapulari; sobre tot, Mareta, feu que no trobi en Roc de can Llampega, perque, diuen qu'es tan dolent, que a sa casa tots ploren, que tothòm quan el veu s'espanta, que'ls gossos lladren quan passa, y que fins se menja els noys y a les noyes. Feulo bò, Mareta, feulo bò, o si no anirà al infern: y dexant el mos de pà, sen'anà més depressa que'ls demés dies.

Una suor freda s'apoderà de cap a peus d'en Roc, quedant immòvil com una estatua qui sap quant temps, fins que fent un poderós esforç, s'axecà y acotant la testa al passar per devant del altar, lo qual no havia fet may, car entrava y sortia com una bestia, se n'anà camps a través, fins arribar a casa seva, aont havent trovat a son pare, se li agenollà als peus dientli: pare, perdoneume que vull ser bon minyó.

Un esclat d'ira s'apoderà de son pare, qui ab veu fosca y tremolosa li digué: fuig d'aquí, furia sortida del infern, no vingues a amar-

gar els dies de ton pare; mes ell replicà: pare, perdoneume, que vull ser hò. ¡Oh fill malvat, aont has après tanta vilesa!, no ets digne de mirar la terra que trepitges, si vens fingint arrepentiment per que tens fam!, mal llamp... (detingué'l mot), fuig del meu devant que no't vull veure; mes vegent que'n Roc no's movia, l'home donà mitja volta y s'allunyà d'aquell lloc.

Al veures d'aquesta manera desairat, en Roc, s'axecà y agafant les eynes del treball, que prou savia aont eren, se possà a cavar la terra.

Quelcòm extraordinari devia passar, car qui al cap de pocs dies hagués entrat en la intimitat d'aquella casa hauria vist a n'en Roc fent vida en comú de familia com si tal cosa, notantse en la cara de tots una alegría que per molt temps s'havía allunyat d'aquella casa, y no tardà a correr per tota la comarca la nova, que havia passat un miracle, puig que'n Roc de can Llampega realment era hò.

Onze anys després de'ls fets que acabem d'esmentar, aparegué un día de joya la capelleta de la Mare de Deu de les Gracies, y si bé l'acció del temps s'hi conexia un xic més, en cambi estava tota escombrada, lluint en l'altar una munió de ciris que, encar que desiguals, tots flamejaven, semblant cors que ab diferents graus de virtut estaven encesos d'agrahiment a la Verge; emprò lo que més encisava era la flayre que s'hi sentia, car les flors totes elles naturals, arribaven desde terra fins més amunt de la corona de la Verge.

Lo senyor Rector del poble ja hi era de bon matí, no per que hi faltés res per un casament que si havia de celebrar, car tot ja estava preparat desde la vigilia, sinó per que s'havía convingut que'l nuvi hi aniria molt avans de la cerimonia, car a la nuvia ja la conexia el senyor Rector de tota la vida.

Era aquest bon senyor un sant home que tothòm el conexia per Nostre Pare, y no tan sols axís l'anomenaven els bons fidels, que prou se l'estimaven, sinó fins aquells que anaven lo més just a la iglesia, y fins algùn qu'altre que no hi anava gens, y no poguentlo criticar de cap altra manera, deyen que devia tenir poc talent, que no s'hagués mogut d'aquell lloc; de manera que si no hagués sigut que per Sant Joan hi havia uns quants ciris més al altar, repicaven un poc les campanes, y si veyen entrar durant el día algùn qu'altre pagès a una petita casa que'n deyen la Rectoria, fins s'hauria oblidat cóm se deya.

Mossèn Joan, com nosaltres l'anomenarèm, car era el seu verda-der nom, sentí trepitx, y girant el cap vegé entrar un home alt, guapo y ben plantat; axís que'l ovirà, se dirigí cap al confessorari, aont l'escoltà en confessió, y després d'haverli donat solemnement l'absolució, li digué: ¿però, digues, fill meu, entre mitj de'ls teus desacerts, quina bona obra feyes?, a lo que'n Roc, car no n'era altre el penitent, digué:

— ¡Ay, Pare, cap!

— ¿Però, encar que malament, resaves alguna oració?

— No, Pare, tot ho havia oblidat.

— ¿Ni una Ave María?

— Ni una Ave María.

Mossèn Joan, com enrahonant en sí mateix, però en veu que'n Roc ho ben senti, digué: no ho entenc; però, replicant novament, digué: ¿Però la teva mare, quant eres noy, no t'havia ensenyat alguna cosa bona?

— Ay, Pare, tantes me n'havia ensenyat, però jo no'n feya cap, no més recordo que un día me va donar una medalleta y me digué que mil voltes hauria de morir ans que dexar de durla, y com que m'ho havia repetit tant, jo sempre la duya, de manera que al canviar-me la roba jo per instint me la ficava a la butxaca, y encare la duc avuy.

Al pobre vellet li caigueren dues llàgrimes, y abessant fortament a n'en Roc, li digué: ja ho veig, fill meu, ja ho veig; ton cor havia dexat a ta mare del cel, mes ella no't va volguer dexar a tu. Mira, d'aquí en avant quan ton cor resti indecís y intranquil per no sapiquer qué fer, axeca al cel una curta, però fervorosa oració, y després fes lo que li sembli a la María.

J. SOLER FORCADA

Acadèmic Honorari

## CRÓNICA ESCOLAPIA

DE CATALUÑA

ESCUELAS PÍAS DE MATARÓ. — El periódico *Diario de Mataró y su Comarca* hace una hermosa reseña del Festival-Kermese, celebrado en el parque de aquella ciudad, a beneficio de los soldados heridos en el Riff y de las familias de los muertos, y de él entresacamos las siguientes líneas, por referirse a nuestro Colegio de Escuelas Pías.

«El *clou* de la fiesta fueron, sin disputa, los ejercicios de gimnasia sueca ejecutados por varias secciones de niños y jóvenes alumnos del colegio de las Escuelas Pías, bajo la competente dirección del profesor de gimnasia de la capital, don Fidel Bricall y su ayudante D. José Mainier.

Al presentarse en el cercado la masa muy numerosa de los alumnos, formados de a cuatro, por orden de estatura, uniformados con jersey blanco, faja de seda encarnada, calzón azul corto y calcetín y zapato negro, realzando la elegancia de los trajes, la elegancia y soltura como se movían los que les vestían, fueron acogidos con una salva de aplausos y éstos se reprodujeron con creciente entusiasmo al terminar cado uno de los distintos números que ejecutaron.

Muy bonitos resultaron los ejercicios rítmicos de conjunto, revelando el buen gusto de combinación del director señor Bricall; muy interesantes los ejercicios combinados con palos; más interesantes aún los ejercicios gimnásticos con paralelas; pero lo que más gustó sin duda fueron los ejercicios de gimnasia sueca, ejecutados con gran precisión y uniformidad por todos los alumnos. El cuadro apoteosis, formando los alumnos varias pirámides, en cada una de las cuales se destacaban banderas de distintos colores, coronando la de la pirámide central la bandera española, fué de mucho efecto.

Todos trabajaron bien, pero por lo que se distinguieron como buenos gimnastas, merecen ser mencionados los alumnos señoritos Francisco Renter, Salvador Fonrodona, Manuel y Salvador Raméntol, Juan Puig y Vicente Albiol.

Felicitemos a todos, así como a los señores Director y Ayudante, lo mismo que a los RR. PP. Escolapios por el gran adelanto demostrado por sus alumnos en un ramo tan importante como es la educación física del individuo».

ESCUELAS PÍAS DE IGUALADA. — Siempre quedan gratamente impresionados cuantos asisten a las funciones en que el R. Colegio de las Escuelas Pías de esta ciudad manifiesta al público la exuberante vida que le anima; pero, si caben comparaciones, diremos que el festival militar con que el domingo tuvo agradablemente ocupado a un concurso verdaderamente extraordinario, en donde aparecían momentáneamente hermanadas las clases sociales, superó a cuantas fiestas hasta el presente se han efectuado, así por la novedad como por la exactitud con que los alumnos de hoy, soldados de mañana, supieron hacerse eco y dignos intérpretes de las claras dotes que adornan al inteligente y pundonoroso capitán de infantería don Carlos Boy, quien con infatigable celo los ha venido instruyendo durante el presente curso en las principales prácticas del ejercicio militar.

Convenientemente uniformados más de 150 alumnos, con sus fusiles, fiel imitación de los mausers que usa nuestro Ejército, y con sus vistosos corrajes, ejecutaron múltiples evoluciones que complacieron sumamente a la concurrencia, siendo de admirar la exactitud y regularidad con que formando un solo hombre ejecutaban los diversos ejercicios.

Daba realce al cuadro, de suyo encantador, lo bien engalanado del grandioso patio, en el cual se destacaba en lugar preferente la tribuna, desde la cual contemplaban a los pequeños soldados el dignísimo diputado a Cortes don Juan Godó, el R. P. Rector, los párrocos de Santa María y la Soledad, el juez de primera instancia, el teniente de la guardia civil y representaciones del clero secular, PP. Capuchinos, etc.

Uno de los actos más conmovedores y que arrebataron al numeroso público en estruendosos y delirantes aplausos fué la incorporación al batallón infantil de la hermosa bandera española, de raso finísimo, y su colocación en la tribuna presidencial, después de cuyo acto el alumno don F. Conde pronunció un elocuente discurso en que, con arrebatadora elocuencia, puso como de relieve el significado que para el soldado tiene la bandera de su patria, en cuyos pliegues está envuelta su personalidad, su honor y el de aquellos que vierten hasta la última gota de su sangre en su defensa.

Inculcó el respeto que á la misma, al Rey y á la Patria debe inspirar a todo buen ciudadano.

«Tu nombre es arenga que despierta...; tú eres el alma de la nación, que vas donde se ríe y vives donde se sufre... Tú compartes con tus soldados las tristezas y alegrías, los triunfos y victorias, con las angustias y pesares.. Benditos quienes sucumben a tus plantas, ofreciéndote su última prueba de cariño al grito santo de ¡viva mi bandera!»

Como remate de la fiesta se obsequió a los alumnos con el sorteo de un hermoso sable de plata, ofrecido por el señor capitán a los jóvenes reclutas.

Mil enhorabuenas a los RR. PP. Escolapios, que una vez más acreditan marchar a la vanguardia de todo lo que significa verdadero progreso; mil plácemes a las autoridades eclesiásticas y civiles que con su asistencia y justos aplausos alientan más y más a los hijos de Calasanz para proseguir en su tarea de preparar a sus alumnos para ser dignos y beneméritos miembros de las sociedades venideras. — *Corresponsal.*

(De El Noticiero Universal)

EL CRONISTA

## BIBLIOGRAFÍA

LA CIENCIA ELÉCTRICA Y SUS APLICACIONES MODERNAS, AL ALCANCE DE LOS JÓVENES, por *Felipe Villaverde*. Con 120 figuras, en 8° (VIII + 252 páginas). En rústica, francos 2'50; encuadernado en media tela, francos 5. — B. Herder, en Friburgo de Brisgovia (Alemania).

En el prólogo de esta obra, la cual forma parte de la conocida serie *Herder, Biblioteca instructiva para la juventud*, dice el autor:

«No ha sido mi propósito llenar las páginas de este librito reproduciendo ex-

perimentos curiosos y chocantes de la electricidad, que han llamado siempre y aun llaman «estática», porque están desprovistos de utilidad; aunque en esa forma están escritos todos los libros dedicados a la juventud y a la generalidad de los lectores. Quiero que este trabajo, a la vez que os sirva de solaz y de entretenimiento, os sea provechoso para el porvenir; quiero construir los cimientos de una obra que más adelante muchos de vosotros podréis terminar, estudiando libros de alto vuelo y otras ciencias auxiliares de la ciencia de la electricidad. ¿Para qué hablaros de Tales de Mileto, del Dr. Gilbert, del abate Nollet, de Boyle, de Wall, de Gray, ni aun de Tyndall, ni de Franklin, ni de Symmer, que dieron los primeros pasos en los conocimientos de la electricidad? Voy a exponeros el estado actual de esta ciencia; su historia no nos interesa. Mi objeto es lograr que sepáis por qué suena un timbre cuando oprimís suavemente el botón de hueso o de marfil que se hunde en el rosetón de caoba clavado en la pared de vuestro dormitorio; quiero que aprendáis por qué razón, al dar un cuarto de vuelta a la llave de una lámpara eléctrica, aquel globito se enciende inundando de luz vuestro gabinete de estudio; pretendo descubrir el velo que os oculta los misterios del telégrafo; voy a mostraros cómo en vuestra casa oís las palabras que desde la suya os dirige un amigo a través del teléfono; la telegrafía sin alambres conductores no será para vosotros un arcano después que hayáis leído con atención este librito; y os daré una idea de la fuerza que mueve los tranvías eléctricos, y os enseñaré a dorar y a platear medallas, y a construirlas con la única intervención de la electricidad, sin que os sea preciso ser grabadores.»

Y, en efecto, el autor cumple sus promesas y más aún, puesto que no ha echado en olvido los intrincados problemas que en estos momentos entretienen la atención de los físicos. Aquéllos son: el transporte de la energía, la telefonía sin alambres conductores, la telemecánica y la televisión. Y el lenguaje que campea en toda la obra es tan puro y castizo, y la exposición tan sencilla y amena, que los mencionados adelantos de la ciencia de la electricidad se comprenden fácilmente, aun sin poseer previos conocimientos de física ni de química.

### ¿SE HUNDE EL PILAR?

El Sindicato de Iniciativas de Aragón acaba de publicar un libro de gran actualidad e interés sobre *Las Obras del Pilar*.

En él su autor, el distinguido publicista D. José M.<sup>a</sup> Azara, hace la historia y el estudio más completos de la materia. El Excmo. Sr. Marqués de Arlanza, presidente del Ateneo de Zaragoza y del Sindicato de Iniciativas, presenta el volumen con un notable prólogo.

«El Sr. Azara, dice *La Gaceta de Obras Públicas*, al estudiar en este libro todos los trabajos realizados por los muchos arquitectos e ingenieros que del asunto se han ocupado, ha reunido un caudal muy grande de observaciones curiosísimas, con cuyo auxilio expone su criterio, que es muy razonable y prudente.»

Se ha puesto a la venta en las librerías al precio de 2'50 ptas. Una tirada especial de lujo, limitadísima, en papel de hilo y ejemplares numerados, con elegante encuadernación en pergamino, se ha hecho para las personas de gusto más refinado.

Nuestros lectores pueden adquirir la expresada obra con gran rebaja, enviando este recorte, en calidad de *vale*, juntamente con 1'50 ptas. en vez de 2'50, a esta dirección: *D. José María Azara, Apartado 59, Zaragoza*.

BIBLIÓFILO